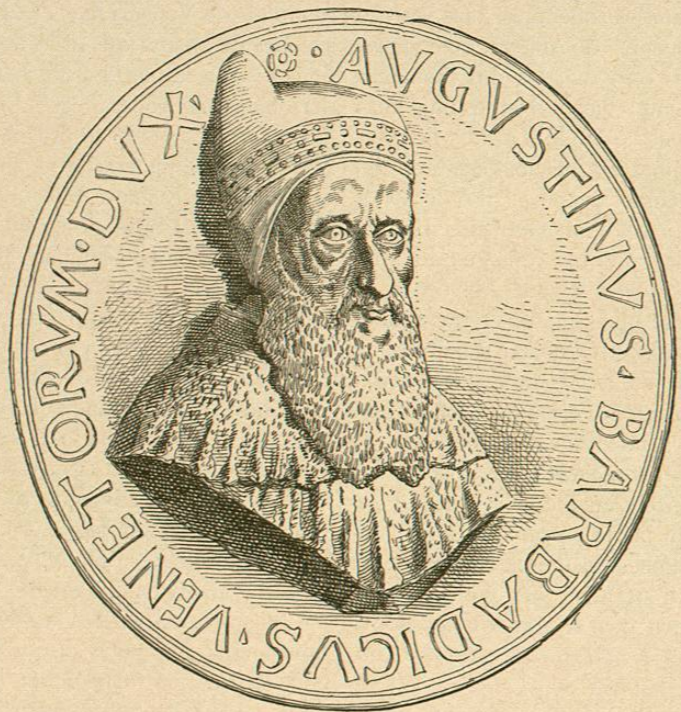


la política, no los acontecimientos; mejor dicho, los hombres de aquel tiempo tuvieron el instinto de las graves cuestiones que empujaron hasta igualarlas con su insignificancia, porque al través de las luchas por el Milanesado ó por Nápoles, encontramos frente á frente á Austria, España y Francia, planteándose el problema del equilibrio entre estas naciones. La Francia de Luis XII hace, con toda clase de inexperiencias de niño, el aprendizaje de la política que seguirá contra la casa de Austria.



Medalla de Agustín Barbadigo, dux de Venecia. (Anverso.)

CAPITULO III

LAS COALICIONES (1508-1514)

I. Liga contra Venecia. - II. Agnadel. - III. Muerte de Jorge de Amboise. - IV. La Santa Liga. - V. Rávena. - VI. Los dos concilios. - VII. Pérdida del Milanesado. - VIII. Entrada en escena de Inglaterra.

I.—Liga contra Venecia (1)

En 1508 prodújose un nuevo cambio en las combinaciones de la política, sucediendo á la lucha entre la mayor parte de los soberanos por los asuntos de Italia un ensayo de unión contra una potencia italiana, Venecia. Este acontecimiento tuvo como punto de partida una aproximación momentánea entre Francia y el emperador, aproximación por virtud de la cual la alianza española pasa de primero á segundo término, y que

(1) A las fuentes y obras generales indicadas para el conjunto del libro I y para el capítulo II hay que añadir: la *Correspondance de Marguerite d'Autriche avec Maximilien, 1507-1519*, (publicada por Le Glay para la «Société de l'Histoire de France,» 1839). P. Van den Berghe, *Correspondance de Marguerite d'Autriche sur les affaires des Pays-Bas de 1506 á 1528*, 2 tomos, 1845-47 (importante para la cuestión de Güeldres). Kohler, *Les suisses dans les guerres d'Italie de 1506 á 1512*, 1897. Brewer, *The reign of Henry VIII*, 1844

traerá como inesperada consecuencia sacar al papado del retraimiento que hasta entonces había observado.

Tiempo hacía que Venecia inspiraba sospechas á las grandes potencias; los engrandecimientos de aquella república no habían podido realizarse sino merced á una diplomacia equívoca que bordeaba sin cesar entre todos los intereses. Desde que se formó entre Luis XII y Maximiliano el proyecto de tratado firmado en Trento en 1501, habíase pensado en proceder contra Venecia; esta idea aparecía en el fondo de todas las negocia-

ciones y el gobierno veneciano no abrigaba sobre este punto ninguna ilusión, si bien contaba, para escapar del peligro, con las tergiversaciones de Maximiliano, con las dificultades con que luchaba la política de Luis XII y con la desavenencia entre ambos príncipes.

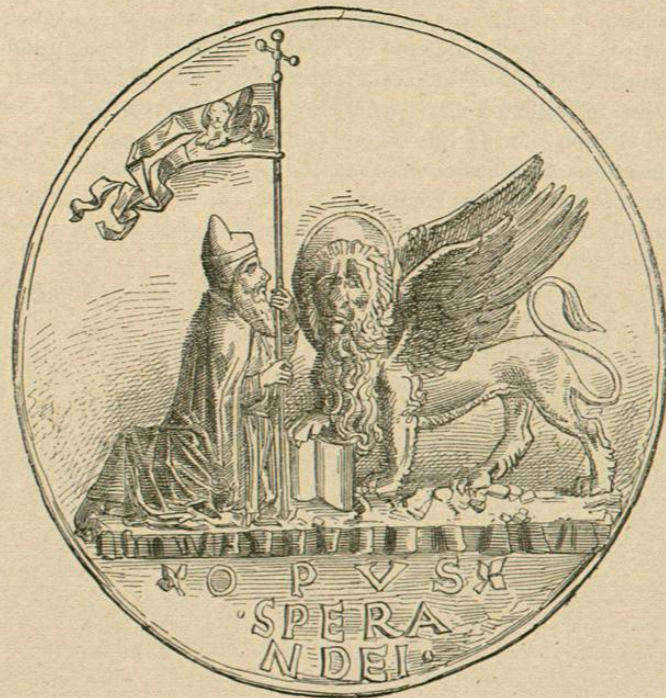
Luis XII echaba en cara á la República el no haber mantenido debidamente la alianza pactada en 1499 y el haber observado una conducta equívoca cuando la revolución de Génova. No ignoraba que Venecia tenía puestos los ojos en ciertas ciudades del Milanesado y que las cuestiones de fronteras suscitaban frecuentemente dificultades entre ambos países. Maximiliano fué bastante hábil para aprovechar las causas de descontento de Francia á fin de arrastrarla en sus combinaciones.

En el mes de agosto, Margarita de Austria escribía á Luis XII: «De tal manera me esforzaré en trabajar por el arreglo de los negocios, que con la ayuda de Nuestro Señor resultará de ello un buen fin para el bien universal de toda la cristiandad, como siempre he deseado y deseo.» En 22 de noviembre, el cardenal de Amboise, provisto de un «poder bueno y suficiente,» llegó á Cambrai con 1.440 personas á caballo» y en tal compañía entró Margarita en la ciudad, que había sido exactamente dividida en dos barrios.

En 10 de diciembre se firmaron allí dos tratados: el

emperador y el rey de Francia pactan juntos una paz que durará tanto como su vida y un año más después de la muerte de uno de ellos. Allí también reciben los dos soberanos á sus aliados, especialmente al papa y á los reyes de Inglaterra, de Hungría y de Aragón, y la Güeldres. A instancias del papa, se formará una alianza entre Maximiliano y el rey de Francia para proteger la fe cristiana, es decir, contra los otomanos ante todo, comprometiéndose ambos príncipes á realizar una expedición á Oriente, después de haber dirigido un llama-

de su abuelo materno, Fernando, ó en vida de éste, no sólo en Castilla, sino además en Aragón? ¿Qué situación se reservaba á la reina Juana y á su segundo hijo Fernando? Y sobre todo, ¿qué sucedería si el rey de Aragón tenía de su esposa Germana un hijo varón? Para obtener la cooperación de España, Maximiliano consentía en dejar por de pronto en suspenso todas estas cuestiones, á reserva de reproducirlas en ocasión oportuna. El emperador puso gran empeño en hacer entrar en el tratado á sus amigos de Navarra, estipulan-



Medalla de Agustín Barbadigo, dux de Venecia. (Reverso.)

miento á todos los soberanos de Europa; y si el turco invadía los Estados cristianos, todos los confederados «vendrían obligados á correr allí como á un incendio.»

Pero el turco sólo figura allí en apariencia; la fe cristiana consiste también en conservar los derechos y los bienes de la Santa Sede, y como los venecianos los usurpan y el emperador es el verdadero «abogado» del Papado, los dos contratantes forman una liga especial contra aquéllos, liga á la que se adhieren el papa, en cuyo nombre comprometiése el cardenal de Amboise, y el rey de Aragón. El Sumo Pontífice lanzará el interdicto contra Venecia, y en 1.º de abril de 1509 cada uno de los coligados habrá de invadir los Estados de la República y ninguno de ellos abandonará la guerra antes de que restituya á los confederados lo que éstos sobre aquella reivindican, á saber: Verona para el emperador, Brescia para el rey de Francia, Rávena para el papa y Otranto para el rey de España. Aunque estas cláusulas fueron comprendidas en el tratado secreto, en realidad constituían el fondo esencial de los convenios.

Habiendo sido incluido en la liga el rey de Aragón, se convino en que se arreglarían amigablemente los asuntos de Castilla, que preocupaban en alto grado al emperador y á su hija Margarita. ¿Cuál sería la posición del joven Carlos de Austria después de la muerte

do que ni el rey de Francia ni Gastón de Foix intentarían nada contra ellos dentro de un plazo de un año á lo menos; pero Luis XII y Ana estaban tan irritados contra los navarros, que en poco estuvo que por esta causa no se rompieran los compromisos contraídos. A última hora, el cardenal presentó á Margarita algunas cartas «muy extrañas;» mas habiendo aquélla amenazado con marcharse de Cambrai, el prelado hubo de ceder.

A cambio de estas concesiones ó de estos compromisos, Luis XII consiguió que el emperador aceptara la ruptura del casamiento franco-austriaco, que cesaran todas las antiguas contiendas entre las casas austro-borgoñona y francesa y que se le prometiera la investidura formal del Milanesado, que hasta entonces sólo le había sido conferida de una manera incompleta. Pero en los compromisos contraídos por Maximiliano había toda clase de restricciones. La investidura del Milanesado sólo se otorgaría cuando Luis XII hubiese invadido la frontera veneciana, al paso que el emperador tenía un plazo de cuarenta días, á partir de 1.º de abril de 1509, para alistar todas sus fuerzas, de modo que lanzaba á la lucha al rey de Francia en tanto que él se reservaba. Margarita podía escribir que tenía «la esperanza de ser bienvenida ante monseñor y padre el emperador;» y aún podía obrar de buena fe cuando aseguraba á Luis XII que la voluntad de su padre res-

pecto de los artículos de Cambrai no podía ser mejor.

En efecto, el tratado era de todo punto favorable al emperador, el cual sólo beneficios podía obtener de la lucha contra los venecianos y á quien el estado de paz y alianza con Francia ó con el papa facilitaban los medios para mejor defender los intereses de Carlos de Austria enfrente de Fernando. En cuanto á Francia, la cooperación que proporcionaba á sus nuevos aliados para que ensancharan sus dominios en Italia y á Maximiliano para que se pusiera de acuerdo con Fernando de Aragón, no podía menos que debilitar su poder en aquella península. En realidad, los verdaderos triunfadores políticos eran los que sólo habían intervenido en las negociaciones indirectamente y en la penumbra en que evidentemente trataban de ocultarse, es decir, el rey Fernando y sobre todo el papa Julio II que no tenían más que motivos para estar satisfechos al ver que Maximiliano y Luis XII gastaban sus fuerzas en Italia, en tanto que ellos economizaban las suyas, prometiéndose obrar por cuenta propia en el momento propicio.

Julio II, papa desde 1503, tenía en 1508 más de sesenta y cinco años; pero la edad no le había debilitado y sus pasiones seguían siendo más ardientes que nunca. Este pontífice se nos presenta como un ser extraordinariamente enérgico, indomable; sus retratos, especialmente el de la *Misa de Bolsenna*, de Rafael, dan idea de un hombre resuelto y vigoroso; sus ojos son fríos y claros, su barba espesa y el bigote afeitado deja al descubierto unos labios duros y delgados. Aquel carácter asombroso, arrebatado, absoluto, indiferente al peligro, hecho para mandar á los hombres y á los acontecimientos, hace explosión en los actos más insignificantes de su vida. A pesar de su temperamento extremado, tenía una inteligencia flexible, suelta, al mismo tiempo que amplia, viva y vasta; como los hombres de su tiempo, era aficionado á las manifestaciones intelectuales, pero sobre todo á las artes, á las que aportó el gusto por todo lo grande que era innato en él, utilizando los talentos de Miguel Ángel, Bramante y Rafael, y comprendiendo y hasta suscitando las más altas inspiraciones del genio de estos artistas. Lo mejor del siglo llamado de León X le pertenece á él más que á éste.

Julio II fué mas bien que un hombre de Estado un político que desde un principio se apasionó por la política en sí misma, complaciéndose en remover proyectos y formar combinaciones; pero al mismo tiempo que de la política ó de la diplomacia, gustó de la guerra: «¿A qué me vienes con libros?, decía á Miguel Ángel que hacía su estatua. ¡Ponme una espada!» Propúsose ante todo reconquistar las provincias de la Iglesia y hacer intangible el poder de la Santa Sede; para luchar contra Venecia, que le parecía demasiado poderosa, llamó á los extranjeros y luego trató de enemistar á éstos entre sí, siempre para asegurar la grandeza de la Santa Sede, más bien que para libertar á los demás Estados de la península. No quiere esto decir que no sintiera un patriotismo de cierto género, pero este patriotismo era más pontificio que italiano. Además hay que conceder gran importancia á su pasión personal de grandeza, á su necesidad de dominación, á un sentimiento particular que le llevaba á mezclarse en los hechos y á intervenir entre los hombres para sojuzgarlos y dirigirlos; sabíale mal que fuera de él pasara algo

grande en realidad ó en apariencia, y quería como dice un embajador, ser «*il signore e il maestro del gioco del mondo.*»

Por esto, sin dejar de reconocer sus cualidades superiores de energía y de tenacidad irreductible, es lícito preguntarse si su visión política no fué á la vez elevada y mezquina. ¿No obedecerían sus designios á ambiciones pequeñas ó á odios ciegos? ¿No pondría en movimiento combinaciones muy complicadas simplemente para reconquistar Rávena á los venecianos ó para vengarse de Amboise por quien no sentía simpatía alguna? De fijo que contribuyó más que nadie á exasperar las pasiones conquistadoras en Francia, en Alemania, en España y en Suiza, pero no consiguió, y así debiera haberlo previsto, desviarlas de Italia. El fué también quien preparó á Carlos V, al Carlos V del saco de Roma y del tratado de Bolonia. «Italia, como dice Villani, convirtiéndose en campo de las grandes batallas y acabó por ser entregada á irreparables aventuras.»

II.—Agnadel

A principios de 1509 todo se agitaba en Europa, la diplomacia y las armas. En 26 de noviembre de 1508, Maximiliano, puestas una mano sobre la cruz y otra sobre los artículos del tratado colocados encima de un altar, había jurado, en presencia del obispo de París y del conde de Carpi, cumplir la paz de Cambrai. Igual ceremonia había realizado Luis XII, y el cardenal de Amboise «se afanaba cuanto podía por dar á conocer á su soberano» las excelentes disposiciones del emperador. El papa guardó su actitud reservada durante más tiempo, no adhiriéndose á la alianza hasta marzo y no lanzando el entredicho sobre Venecia hasta abril de 1509. Los confederados hacían esfuerzos para procurarse alianzas hasta en Hungría, aunque sin lograr su propósito. En Suiza hacíase circular el rumor de que la paz de Cambrai iba dirigida contra la Confederación tanto como contra Venecia, y la Dieta declaraba que los gobiernos cantonales no debían dejar partir á ningún mercenario.

Luis XII fué el primero que estuvo dispuesto, según había prometido, y el 13 de abril de 1509, el heraldo Montjoie salía de Milán, acompañado de un trompetero, y se encaminaba hacia Venecia para declarar allí la guerra en las formas consagradas. El rey pasó los Alpes el día 16; junto á él y en primera fila, como siempre, figuraba el cardenal, quien, á pesar de la gota que padecía, hizo conducir en litera al través de aquellos montes; Juan de Autón dice que quería cooperar más que ningún otro «á la empresa que él había aconsejado y tratado en honor del rey y del reino y de toda la cristiandad y aun de la Santa Sede apostólica.» Con él iban numerosos cardenales, obispos y gentes de iglesia formando una comitiva de más de trescientos jinetes.

El ejército ofrecía, en su composición, un elemento en parte nuevo: una infantería nacional. Luis XII, lo mismo que Carlos VIII, habíase servido á menudo de los soldados suizos, pero había acabado por cansarse de sus exigencias y de su indisciplina, aparte de que, á fuer de príncipe económico, encontraba que le costaban demasiado caros. El 12 de enero de 1509, publicó una ordenanza que disponía el alistamiento de infantes en

Francia y regularizaba el empleo de los mismos (1): «Los dichos capitanes (de los infantes) no tomarán más que buenos compañeros de guerra que sean para servir bien al dicho señor; y después de reclutados los dichos compañeros, los dichos capitanes les llevarán y

reglas eran, en gran parte, las mismas dictadas en el siglo XIV para la gendarmería, pero ahora se aplicaban á la infantería.

Para el mando de estos contingentes el rey escogía famosos capitanes, elegidos de entre los de las gentes

Venedig gräuser darnach an
Schlug in zu todt vil tausent man
Dy kal mit wol zunemen ist
Von größe wegen als ir wist
Auch abgewan manch flecten guet
Dumit auch strafft im obermuet



Escena de las guerras de Maximiliano I con Venecia, copia de un grabado en madera de Alberto Dürer

dirigirán sin abandonarles y no sufrirán que saqueen, respondiendo de ello con su vida...» «Cuando se verificará la revista de las gentes de á pie, los capitanes prestarán juramento en manos de los comisarios de no hacer falsas muestras y de no presentar personas que no sepan realmente que han servido y que están para servir por el tiempo por el cual serán pagados». Estas

(1) El promotor de la institución es el mariscal de Gié, quien, desde el advenimiento del rey, le había aconsejado «que se sirviera de gentes de su reino, así de á pie como nobles, y de sus feudos y retrofeudos, de los cuales no se había echado mano hacía vein-

de armas, y aunque les dejaba en título sus compañías, quería que dirigiesen efectivamente la infantería á fin de realzarla en el concepto público. Para ello dirigióse á Molart, Francisco de Daillon, Gallet de Aydie, de la Cropte, Vandenesse y Bayardo: «Bayardo, dijo á éste, quiero que en esta empresa tengáis en vuestro cargo en las gentes de á pie lo que desde ahora os da la

te ó veintidós años» En el momento de la guerra de Nápoles, en 1503, había reproducido estas ideas, proponiéndose reclutar en el reino veinte mil ballesteros, arqueros ó piqueros y completar esta medida con la formación de un cuadro de los feudos á fin

compañía (de gendarmería) del capitán Chatelart, que me han dicho que ha muerto; y vuestro lugarteniente, el capitán Pierrepont, que es muy hombre de bien, mandará vuestras gentes de armas.» Los nuevos comandantes hubieron de prestar juramento especial de cumplir la ordenanza de enero; Gallet de Aidye, Dillón, Bayardo y Molart firmaron en 15 de dicho mes una fórmula que ha llegado hasta nosotros.

Los capitanes de las gentes de á pie tenían generalmente á sus órdenes mil ó quinientos hombres. Reclutáronse soldados en el Mans, en el Lemosín, en Gasuña y en Normandía, y desde aquel momento, el número de franceses fué superior al de extranjeros, en los ejércitos reales, aun cuando no se renunció nunca á los alistamientos en el exterior.

Esto no impedía que siguiera desempeñando el papel brillante y decisivo la gendarmería, entre cuyos jefes vemos aparecer los nombres más ilustres de Francia y de Italia, tales como los de Chaumont de Amboise, La Palisse, Carlos de Borbón, La Tremoille, Trivulcio y San Severino.

Los venecianos contaban con unos 4.000 hombres y «con tanta y tan hermosa artillería como nunca se ha visto más ni mejor,» y combatían al grito de «Italia y libertad.» La batalla decisiva se trabó en Agnadel, sobre el Adda. El ejército francés había cruzado el río y el rey estableció su campamento en la orilla izquierda, delante de los venecianos, durante cuatro días que se pasaron en escaramuzas de artillería y salidas de las gentes de armas. El día 14 de mayo entablóse la lucha casi de improviso: uno de los jefes venecianos, Pittigliano, había iniciado un movimiento de retirada; pero el otro, Alviano, fué más atrevido. De este último ha dicho Brantome que fué el primero en inventar «las grandes carreras y cabalgadas de las gentes de armas para ir desde lejos á buscar á su enemigo en su campo y en sus alojamientos.» En Agnadel creyó evidentemente poder sorprender á sus adversarios en estado de fluctuación, y en poco estuvo que su atrevido golpe de mano no se viera coronado por el éxito. Alviano se lanzó sobre la vanguardia y la maltrató lo bastante para que fuera preciso hacer entrar en acción al cuerpo de ejército real; pero no estando apoyado por el resto de las tropas venecianas, hubo de sucumbir ante la superioridad de fuerzas de los franceses. El ejército veneciano quedó desorganizado y el efecto moral de aquella derrota fué inmenso: Venecia parecía perdida; el rey había avanzado hasta Brescia y Peschiera, cuyo castillo fué tomado en seis horas, y continuaba el sistema de terror inaugurado al comienzo de las guerras. «Algunos patanes del castillo de Caravaggio hicieron

de conocer el contingente militar imputable á cada uno. Los infantes debían ser reclutados especialmente en las regiones de Normandía, Picardía, Anjou, Maine, Champaña, Delfinado y Guiena, que hasta entonces habían facilitado el mayor número de voluntarios, y aun se comenzó á enviar cartas misivas á los bailes y se escogieron en Picardía cuatrocientos ó quinientos hombres. Pero el cardenal de Amboise hizo fracasar tal disposición y quizás también los nobles se alarmaron ante tales proyectos que tendían á formar el censo de las fuerzas militares del reino y á someterlas rigurosamente al servicio del *arrière-ban* (de todos los vasallos). Por otra parte, la reforma de la organización militar era entonces cada vez menos urgente, puesto que desde 1504 y durante algunos años hubo menos combates que negociaciones. La ordenanza de 1509 está en el *Loyal Serviteur*, edición Román.

la prueba de si su cuello podría por fuerza llevarse las almenas, lo cual espantó en alto grado á los que estaban en las otras plazas.»

El rey hubo de detenerse tres semanas en Peschiera para esperar á Maximiliano, cuyos agentes no cesaban de apremiarle: «todo el bien, honor y recurso de vuestra casa están puestos en este negocio, escribían á Margarita. Al rey de Francia le basta que el emperador comience desde ahora; procurad que no tenga todo su ejército dispuesto cuando no debiera apoderarse más que de un palomar.» Pero todo era inútil; el emperador no comparecía, en vista de lo cual el rey volvióse á Milán y luego fué á reunirse con la reina en Grenoble, en donde los esposos se recibieron mutuamente con grandes muestras de cariño.

Parecía, sin embargo, que todo iría viento en popa: las plazas se rendían sin resistencia y los franceses no tenían que hacer más que guardarlas ó entregarlas al emperador. Así fueron tomadas Trevisa, Padua y Verona.

Estos fáciles triunfos se debían á que la República no se oponía á ellos, sino que prefería negociar: había relevado á sus súbditos de tierra firme de su juramento de fidelidad, y había devuelto al papa las ciudades de la Romaña y al rey Fernando las del Napolitano; de este modo se preparaba cuando menos neutralidades y se concentraba en sus lagunas, en donde sabía que era inexpugnable, por más que Maximiliano, concibiendo siempre nuevos proyectos, propusiera á Luis XII que enviara contra ella un ejército de mar. Las cosas, empero, cambiaron casi de repente: los ciudadanos de Trevisa habían expulsado de la ciudad á las tropas de la liga y en julio los venecianos recobraron Padua; y cuando al fin se decidió el emperador á penetrar en Italia, los aldeanos del Vicentino le hicieron una guerra de guerrillas. Después de algunos días de ataque contra Padua, levantó asaz lastimosamente el sitio, no sin desatarse en recriminaciones, según su costumbre, contra Fernando, Luis XII y La Palisse, encargado en aquella sazón del mando del ejército. Pero en 1510 Chaumont tomó de nuevo la ofensiva, comprometiéndose á conquistar en quince días los dominios sobre los cuales tenía derecho el emperador, con la sola condición de que éste se presentara en Italia. Maximiliano se limitaba, sin embargo, á afirmar que tenía en Verona 9.000 infantes y 3.000 caballos, pero no acudía á tomar el mando de los mismos.

¿Cómo explicar estas vacilaciones que le exponían á las burlas y á las censuras de todos, incluso de sus propios agentes? Uno de éstos escribía en la posdata de una carta (con ruego expreso de quemarla): «No sé qué diablo hace tan desgraciados los negocios; maldigo su gran tardanza, que es la gran..., no quiero seguir escribiendo.» Luis XII hablaba del emperador con bastante desdén y un enviado florentino afirmaba que «contar con él, equivalía á discutir sobre la Santísima Trinidad.» Una de las causas de abstención de Maximiliano era la carencia de dinero; en efecto, en 1500 toma prestados sobre Verona y Lugnano 32.000 ducados, diciendo que está *exhaustus*; pero menester es buscar á sus retardos otras razones más profundas.

En primer lugar, hemos de encontrar estas causas en sus relaciones con la corte de Francia, no obstante

las muestras de cortesía que se prodigaban: Luis XII. al recibir el homenaje del Charolais que en nombre de Margarita le prestó Gattinara, decía «que hubiera preferido recibir el beso (de homenaje) de la misma princesa;» y Margarita escribía al rey «de su puño y letra una carta doliéndose de su enfermedad» y otra al cardenal que padecía de gota. Mas, á pesar de estas gratas apariencias, reaparecían á cada instante las dificultades para llegar á un acuerdo. Una entrevista que debía celebrarse en julio de 1509 entre ambos príncipes para ponerse de acuerdo sobre la política de Italia, fracasó «por culpa del demonio». ¿Era también el demonio quien movía al emperador á permitir que los venecianos enviaran á Mantua, en noviembre de 1509, varios delegados que conferenciaron con sus representantes? «Mejor hubiera sido, decían sus propios agentes, que nunca hubiesen sido admitidos los embajadores de Venecia. Siguiendo nuestra desgracia, no hacemos más que perder nuestra fama y destruir nuestra posición.» Todo esto explica por qué Francia se reservó la cuestión de Güeldres, pues, en caso necesario, se podía lanzar al duque contra Alemania; varias conferencias intentadas en 1510 dejaron latente este foco de guerra. Por su parte, Maximiliano no descuidaba la causa de los soberanos de Navarra.

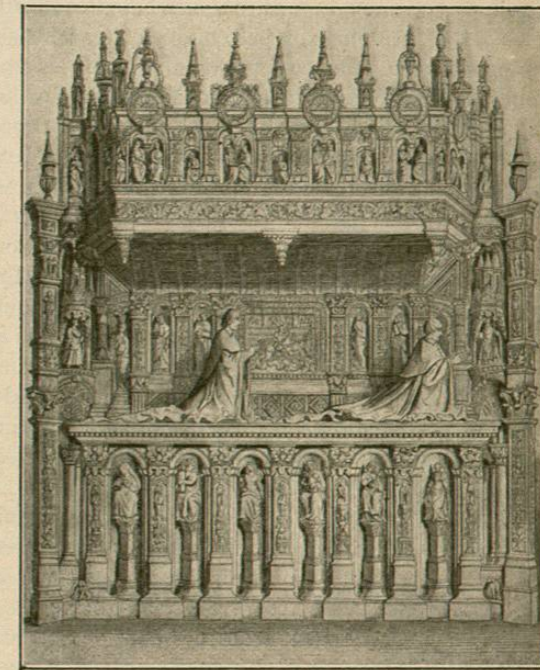
El rey de España era quien dominaba la situación, pues su adhesión al tratado de Cambrai le obligaba muy poco y de él dependía que las cosas se resolvieran en pro ó en contra de Venecia, según que impulsara ó contuviera su intervención militar; de aquí los esfuerzos para arreglar á su satisfacción la cuestión de Castilla, que continuaba en suspenso entre él y los dos archiduces, Carlos y su hermano. Luis XII había aceptado la misión de árbitro y el Legado se esforzaba por conseguir la reconciliación de ambos adversarios, terminando este asunto con la firma de un nuevo tratado de alianza, en el que entraban el emperador, Fernando, Luis XII, el papa y el rey de Inglaterra, y que era una renovación de los compromisos contraídos en Cambrai. Los embajadores de Maximiliano insisten en la situación difícil en que éste se encontraba en aquel entonces, y Gattinara, en una carta secreta, escribe: «Os aseguro que nunca se encontró tan bajo ni con tan escasa reputación, ni sus asuntos dependieron tanto delazar.» Francia, realizándole, representaba el papel de incauta.

III.—Muerte de Jorge de Amboise

Tiempo hacía que Francia era víctima de los engaños del papa Julio II, quien ya en 1509 recibía á los diputados de Venecia. Esta había restituido á la Santa Sede sus conquistas de Romaña, y además se había obligado á renunciar al nombramiento para los cargos eclesiásticos, á las imposiciones sobre el clero y á las prohibiciones que molestaban á los comerciantes pontificios en el Adriático, por lo que el papa, «por su propia boca,» propuso la absolución en un consistorio celebrado en febrero de 1510, sin que á ello se opusieran más que los cardenales de Alemania y de Francia. El entredicho fué levantado en 24 de febrero, quedando así rota la liga de Cambrai: el rompimiento procedía del Soberano Pontífice y señala el momento de la verdadera aparición de éste en escena.

TOMO III

Casi al mismo tiempo desaparecía el cardenal de Amboise, el cual falleció en Lyón en 25 de mayo de 1510. La enfermedad que le aquejaba hacía prever desde mucho antes este suceso: todas las cartas de fines de 1509 y de principios de 1510 estaban llenas de noticias de su salud, por razón de la cual se suspenden con frecuencia los asuntos graves á pesar de haber sido ya llamados á reemplazar al prelado Robertet y Du Bouchage. Los funerales que se le hicieron fueron extraordinariamente pomposos, siendo su cadáver conducido á Lyón, entre un cortejo inmenso de señores, de



Sepulcro del cardenal de Amboise en Ruán

funcionarios, de monjes y de sacerdotes. Esto no obstante, la caída de su familia, que á costa de tantos trabajos había conseguido elevar á las más altas posiciones, fué brusca y profunda, y cuando hubo muerto en febrero de 1511 su sobrino Chaumont, no quedaron de todos los individuos de su casa sino personajes oscuros que se repartieron las riquezas que dejaba, pero que permanecieron eclipsados. No se sabe si su muerte fué muy sentida por el rey y por los que le rodeaban. Un agente de Margarita de Austria, al comunicar á ésta la noticia, le decía: «Paréceme que haréis bien enviándome cartas dirigidas al rey para consolarle de aquel fallecimiento, y (tiene muy buen cuidado de agregar esto á fuer de hombre práctico) mandando algún presente al señor de Robertet,» á quien se designaba como sucesor del cardenal. En cuanto al papa, dice Bembo que la muerte del cardenal le llenó de contento, cosa de que no debemos extrañarnos.

Jorge de Amboise representó, desde 1498 á 1510, un papel importantísimo en el Estado, y en ello están de acuerdo todos los testimonios, así las cartas de embajadores que sin cesar se preocupaban de lo que pensaba, de lo que decía, de lo que hacía el cardenal, como los relatos ó alusiones de los cronistas que siempre repetían, casi en los mismos términos, la idea de que el rey se gobernaba por los consejos de aquel confidente.